

Miguel Ayuso, *La Hispanidad como problema. Historia, cultura y política*, Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2018, 120 pp.

El autor, de sobra conocido por su obra intelectual y su acción político-cultural, no necesita ser presentado a los lectores, quienes saben de sus esfuerzos –a veces sobrehumanos– en pos de la Hispanidad, de la tradición hispánica. No creo equivocarme si digo que este es el norte de su vida, dedicada toda a la restauración de las Españas a ambos lado del Atlántico. Continuando la tarea de sus maestros, singularmente Francisco Elías de Tejada y Rafael Gambrá, ha esclarecido en libros y otros escritos el significado político y espiritual de la Hispanidad; la ha defendido con un empeño que no sabe de cansancio en iniciativas editoriales, en la promoción de reuniones y congresos, en viajes, de una y mil formas más, en la España peninsular y en la América Hispana.

El libro que reseñamos es el número 10 de la Colección *De Regno*, en la que Ayuso había ya publicado *La constitución cristiana de los Estados* (2008) y *El Estado en su laberinto* (2011), que oportunamente comentamos. Que ahora nos obsequie con este nuevo estudio sobre la Hispanidad pareciera quebrar una continuidad temática que desde su original y aplaudido *¿Después del Leviathan?* (1998) estaría centrada en el Estado visto desde la tradición católica. No hay tal ruptura: porque la Hispanidad jamás constituyó un Estado, una organización *more geometrico* secularizada; porque la Hispanidad está animada, en todos sus miembros, por la fe católica; porque la Hispanidad no estatal y católica es una realidad ideal, posible en estos tiempos *post mortem* del Estado. En cierto modo, con otras palabras e intenciones, Ayuso lo dice así en la *Introducción*.

Lo último afirmado –que la Hispanidad es una salida a la defunción del Estado– es el asunto del capítulo primero, *La Hispani-*

dad hoy: de la historia a la prospectiva. De lo que el autor trata es de reconstruir el desarrollo histórico de la Hispanidad como *christianitas minor* (concepto que Ayuso toma de Elías de Tejada), develar su *ethos*, para probar que es una viril alternativa al Estado moribundo o fenecido. La comunidad de pueblos hispanoamericanos es uno de esos grandes espacios que la historia ofrece en tiempos ya no estatales, afirma el autor en tesis que comparto; de lo que se trata es de reavivar su espíritu, faena en la que, hemos dicho, Ayuso pone su ingenio y su labor. Es una empresa que merece ser compartida, mejor, que debe ser acompañada no por piedad histórica, únicamente (para reparar la impiedad de nuestros padres fundadores); por caridad a los que han de venir, a los hispanoamericanos de mañana, además, a los que no debemos dejarles ruinas ni deudas financieras; y también por amistad para con los que vivimos en estos días, ofreciéndoles un bien asequible, invitándolos al trabajo prudente de su restauración porque es un bien arduo.

Por supuesto que se encierra aquí un dilema que, a mi ver, constituye el eje del libro de Ayuso y que, anticipé, es piedra angular de la filosofía político-histórica del gran Elías de Tejada. La Cristiandad menor y de reserva no es Europa. Así responden ambos a la pregunta que abre el capítulo segundo: *La Hispanidad, ¿como Europa o contra Europa?* Respuesta que demanda poner en su juicio, ahora, el significado de una Europa que por ser invención moderna nace en el parto de Westfalia de paternidades y maternidades nada ortodoxas: las herejías luterana, maquiaveliana, bodiniana y hobbesiana. Todo lo que Europa significa es aquello contra lo que combaten las Españas, mal que le pese a algunos contemporáneos que queriendo rescatar algo bueno del derrotero europeo buscan enlodar o desmerecer la obra hispánica.

El capítulo tercero, *Maeztu y Morente, convergentes en la Hispanidad*, es un breve ensayo que pretende mostrar cómo por diferentes trayectorias el intelectual honesto acaba por advertir en el *ethos* de la Hispanidad el irrenunciable destino de las Españas históricas, que signa de modo indeleble su pasado y embarga su futuro posible; descubrimiento o advertencia que obliga una respuesta amorosa, piadosa. Como la que el propio García Morente emprendió en sus últimos años, enmendando inclusive sus viejas y bien aprendidas

lecciones de la filosofía moderna, según se desprende de *La Hispanidad: fe sobrenatural y recta filosofía. Un caso ejemplar*, capítulo cuarto de este libro.

Concluye la obra de Ayuso con un extenso estudio titulado *Hispanidad y res publica christiana*, síntesis del trayecto de la América Hispana y que explica aquel durísimo juicio que Elías de Tejada solía regalar a los nacidos en ésta: «Sois hijos de la revolución...» En verdad, lo que aquí plantea el autor es un conflicto a veces dramático que produce grandes dolores de cabeza, esto es, ¿podemos ser argentinos, colombianos, chilenos, etc., e hispanos al mismo tiempo, sin renunciar a la obra de las revoluciones independentistas? Se entiende que se plantee como problema; se comprende que se viva como drama, porque si somos hijos de la revolución, no lo somos de España. Todo este capítulo de cierre es un gran trabajo histórico-político para exponer el origen ruinoso para la Hispanidad de nuestras repúblicas americanas; merecería por sí solo un comentario también trabajoso y amplio que es imposible emprender en esta reseña.

Pero no quiero esquivar el bulto. Estoy muy lejos de rechazar el planteo de Miguel Ayuso que comparto casi hasta en lo menudo. Lo que quiero, para concluir, es exponer lo que me parece ser la dificultad que los buenos hispanoamericanos encuentra en el desafío o los desafíos que nos pone Ayuso. Por un lado, el intelectual, debe echar luz sobre el contenido antihispánico de las revoluciones del XIX (de todo ese siglo, de cabo a rabo), trabajo emprendido ya en algunos casos; antihispanismo que moderadamente se corrigió en algo en el XX, pero no para con la Hispanidad sino para con la España contemporánea, salvo honrosas excepciones. La tarea de la razón no puede negar que somos hijos de la revolución, que nacimos en la cuna de liberalismo y crecimos en sus solares y vivimos y morimos en sus desiertos. La honestidad (eso que los científicos escabullen en nombre de la objetividad) lo demanda; y la piedad exige una amorosa respuesta concordante con la verdad.

¿Quiere decir esto que debemos deshonorar a nuestros padres, que debemos vituperar su obra, que hay que renunciar a su herencia? ¿Quiere decir que debemos abrazar con ardor de la voluntad esclarecida lo que borraría de un plumazo nuestro pasado, que es

nuestro ser? Y tal vez lo peor, ¿debemos dejar de ser nacionalistas?

No es sencillo, reconozco, responder a estas preguntas, no lo es para muchos, como ya se ha visto. Comenzando por la segunda, diré: la verdad de la Hispanidad que la razón nos presenta es, para nuestro querer, un bien al que no podemos renunciar, porque si lo hacemos entonces sí perderemos nuestro ser. Este amor no conlleva el desconocimiento del pasado, la renuncia a lo que hemos sido; por el contrario, pide que sea asumido (como el pecador asume su pecado), con dolor y remordimiento que convocan a la enmienda. Esto es lo primero, como hizo Morente; sin ello, no se puede avanzar. Quien haya dado el paso advertirá entonces las respuestas a la pregunta inicial: los padres no deben ser deshonrados pero sí comprendidos, como se comprende a los carnales y de sangre en lo que hicieron de bueno y de malo. Su obra no debe ser calumniada, tiene que ser expuesta con sus brillos, pecas y lunares, sin avergonzarnos por éstas ni envanecernos por aquéllos. Es un juicio histórico, no una contienda criminal; no los ponemos a ellos en el banquillo de los acusados, sino que nosotros nos recogemos en la capilla de la universidad.

Finalmente, como ocurre con toda herencia, puede ser repudiada en todo o en parte, y dependerá de lo que nos hayan dejado. Si tomo como ejemplo a los causahabientes de la Argentina, diría que de Mitre, Alberdi, Rivadavia, Roca y otros por estilo, nada podemos aceptar como propio; pero que de San Martín, Rosas, Yrigoyen, Perón y muchos más, sería oportuno dejar muchas cosas fuera del saco y otras echarlas a nuestra bolsa. Y para mí, esto es ser buen nacionalista: no abdicar la causa nacional, pero enderezarla hasta unirla a los destinos de la «patria grande» que está en las raíces prerrevolucionarias de nuestro ser nacional. Sé que lo último dicho no gustará mucho a mis amigos de ambos lados del océano, pero es la manera como en mi inteligencia y mi corazón he podido seguir siendo argentino sin renunciar la Hispanidad.

Juan Fernando SEGOVIA